



DEL INFINITO Y SUS IDEAS (NOTA BREVE)

JORDI GAYA ESTELRICH

Aun avisados de que el filosofar puede no ser sino un vicio por el t3pico, se nos ocurre que el hombre es el 3nico animal que puede atreverse con el infinito. Pensar el infinito puede ser entretenimiento extremadamente pedag3gico. Y sin ser catastrofistas tal vez podamos a3adir que mejor le fuera a nuestro mundo si m3s anduviera el hombre en tales entretenimientos.

Avisados, bien es verdad, de que el pensamiento del infinito tambi3n late en los mil y un equilibrios que el hombre hace, fascinado u horrorizado, sobre los l3mites de su finitud.

En definitiva, pensar podr3a no ser sino entretenerse sobre el l3mite. S3anos permitido: El tenerse que en el pensar el hombre busca se realiza siempre en el entre de la funci3n del ya y del a3un-no que circundan al hombre.

Iniciado el juego, 3qu3en invit3 al hombre a tal partida?

I

"Nam quamvis substantiae quidem idea in me sit ex hoc quod sim substantia, non tamen idcirco esset idea substantiae infinitae, cum sim finitus, nisi ab aliqua substantia quae revera esset infinita procederet" (Descartes, *Meditationes de prima philosophia*, III, 23).

Procedimiento de recurso que se quiere fiel a la modernidad. No se trata de sospechar cuando no se ve. Ni imaginar lo que no se tiene, no sabiendo siquiera porqu3 desear-

lo. Construir alguna imagen a contraluz de lo que se sabe menos perfecto. Al camino del pensar del menos al más o se le pone puente de plata con cualquier ideograma, o se encara con el "silencio perfecto" y la "cesación total". (Pseudo-Dionisio, Teología Mística, 3).

La honestidad cartesiana, la de la idea clara y distinta, rechaza el recurso fácil de pensar perfecto lo desconocido, por la mera razón de quedarnos insatisfechos con la limitación de lo conocido. La perfección no es la optimación de lo imperfecto. Ni su sublimación.

¿Podría ser de otra manera? El pronunciamiento —más decisión, que demostración— cartesiano trae entre sus secuelas la monadización de los sujetos. Ruptura de sociedad filosófica y ruptura de la participación ontológica. Rompe, en una palabra, con la cohesión —analogía o univocidad poco importa— que en el ser conseguían todos los seres. Con ella se hace inservible aquella trama que reconducía desde cualquier punto al fundamento común y hacía posible particularizar la sospecha de lo aún no sabido.

¿Es clara y distinta la idea de lo infinito? Absolutamente; como cualquier otra idea, por lo demás. Como cualquier otra idea, la de lo infinito sólo puede ser clara y distinta emergiendo de un pronunciamiento. Lo que sucede es que éste no puede ser el *sum*. Sólo podría serlo como lo que no emerge del *sum*. Y por ahí no se obtiene claridad ni distinción. El análisis procede siempre con lo que hay.

Es necesario, pues, que la idea clara y distinta de lo infinito emerja de otro pronunciamiento. Más aún, de uno no debido al sujeto finito. Sólo resta plegarse a la evidencia que el infinito mismo ha sido pronunciadador y dador de la idea del infinito. Una conclusión, por cierto, no tan extraña ni nueva: "*Plus quam perfectum autem est id cui est esse quod debet habere et ab eo exuberat esse ad ceteras res, veluti si habeat suum esse quale oportet eum habere, et habet esse superabundans quo non est ei opus, et ab eo exuberet ad alia, et hoc sit ab eo essentialiter*" (Avicenna, *De philosophia prima*, IV, 3).

Demasiados cabos para un sistema solo. Por ello hay que sospechar con fundamento que algo a media luz sostiene el entretenimiento sobre el límite: por ejemplo, la afirmación de la substancia. Si no se pone la semejanza en la idea producida, sí se pone calladamente en los productores de las ideas. Finito e infinito, perfecto e imperfecto son puestos como sustancias; o, mejor, supuestos.

¿Qué salimos ganando, en definitiva? No la solución del problema. Sí la puesta de manifiesto de la grieta que proclama al hombre finito; puesta de manifiesto por el despeje del encubrimiento teológico.

II

La alteridad del origen de la idea del infinito es suficiente para iniciar el diálogo. Su manifestación —un nivel por lo menos semejante al mío— proporciona un objeto de deseo: objeto querido, mimado, hermoñado como meta envolvente, inagotable, para siempre.

"*La manière dont se présente l'Autre, dépassant l'idée de l'Autre en moi, nous l'appelons, en effet, visage. Cette façon ne consiste pas à figurer comme thème sous mon regard, à s'étaler comme un ensemble de qualités formant une image. Le visage d'Autrui détruit à tout moment, et déborde l'image plastique qu'il me laisse, l'idée à ma mesure et à la mesure de son ideatum —l'idée adéquate*". (Levinas, *Totalité et Infini*, I, A, 5).

Efectivamente, a pesar de la semejanza, no podría ser que pudiera aprehenderse adecuadamente una idea que por existir necesita un origen más allá del intelecto. Y por extensión —*au delà de l'Être*.

Consiste el entretenimiento en mantener constructo este juego de caras, imágenes e ideas, con las que arde el deseo su temporalidad. La guerra, por supuesto. La justicia, también, como pertinente esfuerzo para mentener la guerra en sus correspondientes límites. *Memento Clausewitz*.

Es impresionante esta fascinación que ata al sujeto a este otro cargado de infinito. Hasta tal punto que podría entenderse su existencia como "*désir de rien de nommable*" (J. Lacan, *Le Séminaire*, livre II, XVIII, 1).

¿La misma fascinación del Pseudo-Dionisio?

Una cosa parece evidente: la alternativa se pone entre el deseo como plenitud y el deseo como falta. En ambos late la carencia y la necesidad del éxtasis. El infinito, nombrado o innombrado, es el campo y contenido mismo de este éxtasis.

La relación dialógica, toda manifestación del deseo de posesión, puede existir de cara a la alternativa. Toda existencia —erótica, económica, estética— puede expresarse como éxtasis que ofrece o como éxtasis que mendiga. Podría suceder que la temporalidad a partir de ahí definida no fuera sino un bello nombre para designar la carcoma del infinito.

¿Hasta qué punto es legítimo hablar del deseo? Podría ser que con ello se hipostasiara una figura puesta de manifiesto por el despeje de un encubrimiento metafísico (antropológico). Al entretenerse la necesidad de éxtasis, al nivelarse a sí mismo y a todos los demás en el deseo, el sujeto suprime las diferencias que lo limitan, impone una participación, demasiado semejante a la cuestionada en la anterior época como para no resultar sospechosa.

Paralelismo en el pronunciamiento, en la decisión. Frente a la barrera (*Schranke*) Hegel opta por la relevancia metafísica del deber ser (*Sollen*) (*Ciencia de la Lógica*, I, 1, cp. 2 B c). Por la venida e inundación del Todo. Por la clausura de toda una nueva posibilidad del caos.

III

Sería saludable reconducir el pensamiento sobre el límite, intentar con él un tratado de paz. A estas alturas el ir y venir del hombre por el límite —intelectualmente— se asemeja más a una fuga que a un divertimento. Es una fuga.

La infinitud no es alteridad, por mucho que a ésta se la domestique y se la aposente en la propia casa. Su fuerza no es el futuro a nuestro servicio incluída la claridad de su nunca posible posesión. Esta, la decisión sobre la posesión, no tiene nada que ver con el infinito, más bien con las estrategias y prohibiciones por no contemplar el límite cara a cara.

Tampoco el límite tiene que ver con el infinito, como si de un cuerpo a cuerpo se tratara. El límite no tiene que medir sus fuerzas con un rechazo. Todo lo contrario: al límite únicamente le sale al paso una invitación a ser más.

Este más de ser que está en la penumbra está ahí no como otro, sino como aún no mío.

"La forma del mundo es la de una esfera hueca, que posee en ella misma la causa de

su cualidad o de su forma enteramente invisible; si, escogiendo un punto cualquiera de su superficie, se quisiera mirar el fondo, no podría verse nada. Ella no es visible más que a través de las formas concretas cuyas imágenes parecen grabadas en ella". (**Hermes Trismegisto**, *Asclepios*, 7).

Precisamente la cotidiana riqueza del hombre reside en eso, en las formas concretas que amasa. Esas, que llama **Hermes** ideas, son el alumbramiento que le permite ver. Esa es la realidad del hombre y su permanencia en un espacio no clauso por el temor constante, por el terror del límite. Esa es la serena realidad de la libertad.

*"Optima namque monas, numerum quae complicat omnem,
Corporea pro sorte unum dumtaxat idipsum est
Arcens innumeros ullo sine limite mundos".*

(**G. Bruno**, *De immenso et innumerabilibus*, I, 11).